

KRK PUBLICA EL *TRATADO DEL HOMBRE*, DE R. DESCARTES

KRK PUBLISHES R. DESCARTES' TREATISE OF MAN

Daniel Moreno Moreno

https://doi.org/10.26754/ojs_arif/a.rif.2026112710

Descartes, René (2025): *Tratado del hombre*. Traducción, edición, introducción y notas de Guillermo Quintás Alonso, Oviedo, Krk, 384 pp.

Tal como se anunciaba en el libro *Discurso del método. Dióptrica, Meteoros y Geometría, ensayos de este método* (René Descartes, Oviedo, Krk, 2023) —publicación reseñada en esta misma revista—, y cumpliendo lo prometido, la editorial ovetense Krk acaba de publicar el *Tratado del hombre*, de Descartes, en su tercera edición, a cargo, como las dos anteriores, del profesor Guillermo Quintás Alonso. Un rescate actualizado muy necesario por los motivos que se expondrán más adelante. Pero, de inicio, me gustaría destacar varias cuestiones formales respecto a la propia publicación. En efecto, esta se presenta como tercera edición puesto que la primera edición en español —basada en la edición de 1677—, fue publicada por la llorada Editora Nacional en 1980, y la segunda vio la luz en 1990, en Alianza Editorial. Esta tercera edición aprovecha la posibilidad de revisar ligeramente la traducción, adaptar la Introducción y modificar y ampliar, muy considerablemente, las notas al texto cartesiano, incluyendo una selección de las notas que Louis de la Forge añadió en 1664. A esto se le suma la acostumbrada elegancia de la colección Pensamiento de Krk, que las figuras se intercalan en el texto y se repiten cuando es necesario para comodidad de la lectora o lector, y que el texto incluye la división en cuatro partes y las ciento seis secciones o pequeños capítulos que Claude Cleserlier colocó en los ladillos —figuras y divisiones que no eran del propio Descartes (pp. 19-21)—. Ayudas que son muy de agradecer.

Porque hay que recordar que el manuscrito original en francés que Descartes dejó sin publicar —por miedo justificado, como es sabido— no estaba preparado para su publicación; de hecho, el que es conocido editorialmente como *Tratado del hombre* es un fragmento de una obra mayor, *El mundo o tratado de la luz*, editado

póstumamente en 1664. Esa ambiciosa obra trataba sobre el calor, el fuego, la formación del Sol, el curso de los planetas y cometas, el flujo y reflujo del mar, y sobre la luz. Es en ese contexto donde se describe el funcionamiento del ser humano, como habitante de ese mundo imaginado por Descartes y que tanto se parecía al real. En él se abordan los procesos mecánicos de la digestión, la respiración, la circulación de la sangre, del movimiento del cuerpo gracias a los músculos y los nervios, así como procesos psíquicos como el dolor, el calor, el olor, el sonido, la visión, el hambre, la alegría, el vértigo, el sueño, la imaginación o los recuerdos. Si a esto se le suma la obra sí publicada en vida de Descartes, *La pasiones del alma* (1649), y el manuscrito *Sobre la formación del feto*, que incluye un interesante capítulo sobre los animales, se tendrá una imagen de Descartes muy alejada del racionalista, disociado y matemático que, aunque sea el Descartes más divulgado, es, como decía el profesor Emilio Lledó, y cita el profesor Quintás Alonso, «el cartesianismo inexistente» (p. 15). Se me perdonará este *excursus* —que no ha sido exhaustivo—, pero considero que Descartes pierde mucho si se le fragmenta, dado que su mente era sistemática, omniabarcadora y enfocada en la experimentación y, como se defiende en la Introducción, a «presentar los estudios de medicina como un relevante objetivo» (pp. 17-18).

La importancia, éxito editorial y la sucesión de ediciones y comentarios a estos manuscritos vino determinada porque, tras la muerte de Descartes en 1650, el cartesianismo se extendía rápidamente en ámbitos médicos, filosóficos y teológicos. Expansión asociada a constantes polémicas, algunas de las cuales llegan hasta nuestros días, como veremos al final de esta reseña. Motivo añadido para dar la bienvenida y enhorabuena a esta edición. Siendo inevitable, además, destacar el interés que la figura de Descartes genera en Krk, como se puede comprobar por el amplio catálogo de obras de Descartes que incluye su fondo editorial.

En cuanto a los anunciados motivos que avalan la necesidad de volver a leer este clásico de los estudios médicos y filosóficos, me centraré en tres de ellos.

1. Aunque su valor científico ha caducado, como caduca toda ciencia a golpe de nuevo descubrimiento, su valor para la historia de la ciencia es más alto. Hay que tener en cuenta, no obstante, que la fecha de redacción probable es 1633, que Descartes no volvió a revisar el manuscrito y que defendía explicaciones que ya en su época eran cuestionadas o directamente anticuadas. El aspecto, por cierto, que más se asocia a Descartes, que situara la sede del alma en la glándula pineal, tuvo un precedente que ha quedado relegado al olvido pero que ha sido dado a conocer precisamente a la vez que se rescataba el *Tratado del hombre*. Me estoy refiriendo a nuestro Miguel Servet, quien en 1546

ya escribió y en 1553 publicó que: «Son múltiples ahí los vasos, alrededor de la glándula pineal [*conarium*]; múltiples los pulsos de las arterias; ahí la acción del espíritu ígneo y de la mente es más potente. También nosotros descubrimos, interna y externamente, que, cuando el entendimiento trabaja, ahí nos golpea con más fuerza en las sienas, de modo que, por esa única experiencia, somos conducidos al lugar mismo de la mente» (Miguel Servet, *La circulación menor de la sangre*, Krk, 2025, p. 53).

Y casi hay que asociar a la filosofía la nueva, y potente, metáfora que Descartes introdujo: el mecanicismo. Esto es, comparar al ser humano no ya con los animales o con los ángeles, tal y como se hacía antes de él, sino con máquinas del tipo: relojes, órganos de iglesia, molinos o fuentes donde, al pisar y caminar se movían las imágenes de los dioses componiendo todo un drama teatral (*cf.* p. 153). El mecanicismo triunfó en los siglos XVIII y XIX, fue puesto en cuestión, fundamentalmente desde la filosofía, por el vitalismo, en el siglo XX y, desde entonces, se lleva mal, digamos, con la filosofía, pero, en su lugar natural, la ciencia, también la bioquímica y la biología molecular, se encuentra como pez en el agua.

2. Claramente filosóficas son otras cuestiones que también plantea el *Tratado del hombre*. Me gustaría destacar dos de ellas: el finalismo y la importancia del yo. En cuanto al debate de las causas finales y las causas eficientes, el triunfo del cartesianismo supuso el triunfo de las segundas —nunca definitivo porque, como cuestión filosófica eterna que es, resucita de vez en cuando, por ejemplo con la teoría del diseño—. En efecto, Descartes explica las funciones humanas atribuidas tradicionalmente al alma vegetativa (la digestión, la circulación de la sangre, el movimiento de los músculos, el crecimiento) y al alma sensitiva (sentidos externos: tacto, gusto, olfato, oído, vista —*cf.* nota 12 en p. 285; en la *Dióptrica* la visión es abordada con mayor rigor y extensión—; sentidos internos: hambre, sed y pasiones humanas —en *Las pasiones del alma* se encuentra la última palabra de Descartes sobre las secciones 56-62 y 96-104—) sin recurrir a alma de ningún tipo porque: «no debemos concebir en esta máquina alma vegetativa o sensitiva alguna, ni ningún otro principio de movimiento y de vida. Todo puede ser explicado en virtud de su sangre y de los espíritus de la misma agitados por el calor del fuego que arde continuamente en su corazón y cuya naturaleza no difiere en nada de la de otros fuegos que se registran en los cuerpos inanimados» (p. 365).

Más comprometida es la situación de Descartes respecto al alma racional, la candidata a ser inmortal. Por un lado afirma: «cuando esta máquina posea un *alma racional*, tendrá su sede principal en el cerebro y su función será comparable a la del fontanero, que debe permanecer ante los registros donde se reúnen todos los tubos de estas máquinas si desea provocar, impedir o modificar en cierto modo sus movimientos» (pp. 153-4), pero la sección penúltima anuncia: «Antes de iniciar la descripción del alma racional, deseo aún...» (p. 360), y ahí se corta el manuscrito. De modo que la gran cuestión, qué ocurre con el alma racional y con la unión cuerpo-alma en ese caso, queda abierta en Descartes. Su respuesta habría que buscarla, en todo caso, en *Las pasiones del alma*. Esta es la cuestión que el profesor Quintás persigue en el debate Descartes-Regius (pp. 55ss.), de la que afirma: «*únicamente no tienen ese problema los que no filosofan*» (p. 194, nota) y que es referida en las notas 22, 25 y 28 de las páginas 296, 298 y 301.

En el *Tratado del hombre*, Descartes atribuye a la glándula H las imágenes, ideas, sentimientos y recuerdos que dependen del cuerpo y de los objetos exteriores. Sobre eso pensará el alma racional cuando se describa su acción, descripción que, como hemos dicho, falta en el manuscrito —y que cabría asociar a la autoconsciencia, puesto que la mera consciencia está presente en las descripciones cartesianas de las sensaciones externas e internas—. Descartes solo deja adelantado que no todas las imágenes proceden del cuerpo «sino que también pueden provenir de otras causas» (p. 291) —y, cabría apuntar, de ámbitos como el de las matemáticas y la lógica—. En cuanto a la cuestión del yo, me gustaría dirigir la atención hacia las figuras 28a y 28b (p. 282), donde aparece la glándula H, o glándula pineal (*conarium*), en el centro del cerebro, dominando y mandando, como el fontanero de la cita anterior. Hay ahí una buena imagen del sujeto moderno, que se erige casi en rival de Dios —eso fue seguramente lo que molestó a B. Spinoza, el por otro lado fiel discípulo de Descartes (cf. Daniel Moreno, «La antropología spinoziana frente a la antropología cartesiana» en la revista canaria *Laguna*, n.º 45, 2019)—, y que el filósofo hispano-norteamericano Jorge/George Santayana denominó *egotismo* en su *El egotismo en la filosofía alemana* (1916).

3. Y como texto ya clásico que es el *Tratado del hombre*, puede ser leído de modo diferente en distintas épocas, aportando a cada una semillas para la reflexión puesto que visitar los clásicos siempre tiene su recompensa. Muy gráficamente puede constatar ese hecho cotejando las diferencias entre

la Introducción de 1980 y la de 2025 a cargo de la misma persona, nuestro admirado profesor Guillermo Quintás, pero en dos contextos distintos: la transición política y filosófica de entonces, de la que me considero heredero, y ahora a la polémica Descartes-Regius en torno a la «pura intelección», a «lo que yo sea» o a la misteriosa interacción mente-cuerpo. Estos temas enlazan con el palpitante problema de la autoconsciencia en las máquinas, como puede apreciarse en las dos novedades que casualmente acompañan esta tercera edición del *Tratado del hombre*: el número de diciembre de 2025 de la *Revista de Occidente*, dedicado a «Humanos mejorados» y la película *Singular*, donde sus guionistas Alberto Gastesi y Alex Merino dan vida a máquinas completamente conscientes que rechazan el dolor. Como se ve, el gran Descartes ya estaba ahí, sus problemas filosóficos siguen siendo los nuestros.

Daniel Moreno Moreno
Traductor y profesor jubilado de filosofía
IES Miguel Servet, Zaragoza
dmorenom@acett.org